

Xavier Nueno, *El arte del saber ligero. Una breve historia del exceso de información*. Madrid, Siruela (Biblioteca de ensayo, 117, Serie Mayor), 2023, 247 pp.

Marcela Coria¹

El hombre está parado sobre la punta de su pie izquierdo en un peldaño de una alta y frágil escalera, en cuya cima descansa indolente un gato blanco. Tiene en la mano izquierda un libro que intenta colocar en un anaquel de una gigantesca biblioteca, mientras su mano derecha se apoya en un anaquel inferior para no perder el equilibrio, dado que su pierna derecha está en el aire. Esta es la imagen de tapa del libro *El arte del saber ligero*, de Xavier Nueno, realizada por Landis Blair. La imagen es muy significativa: a lo largo de las páginas de este ensayo, el autor, Doctor por la Universidad de Harvard, expondrá el desasosiego que desde antiguo ha provocado la sobrecarga de información, materializada en libros que pueden acumularse *ad infinitum* con el objetivo de preservar la herencia del pasado (y exorcizar así la angustia del sentimiento de pérdida) y del presente, y la pretensión, generada precisamente por ese desasosiego, de ponerle límites a esa acumulación potencialmente ilimitada.

El libro consta de seis capítulos, seguidos por un posfacio de Philippe Roger, agradecimientos y bibliografía, y contiene nueve ilustraciones. Luego del índice (p. 9), la p. 11 contiene un epígrafe de Pascal Quignard acerca de los libros y las bibliotecas. En el primer capítulo, programático, “Cómo reducir una biblioteca” (pp. 13-30), el autor expone el tema del ensayo: “el mito cultural de la biblioteca [...], el papel que ha jugado en la tradición occidental la pulsión por conservarlo todo. Me interesa entender de dónde procede el deseo de acumular obsesivamente las huellas del presente. [...] Pero ese

¹ **Marcela Coria** es Licenciada en Letras con Orientación en Lenguas y Literaturas Clásicas y Doctora en Humanidades y Artes con mención Filosofía por la Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Profesora Titular de Lengua Griega I y Lengua Griega II en la misma Facultad, donde dirige el Doctorado en Filosofía y el Centro de Estudios de Filología Clásica “Lena R. Balzaretta”. Contacto: coriamarcela@hotmail.com.

deseo va acompañado de otro –su reverso– que es una pulsión por liberarnos del pasado” (p. 20). Así, se contraponen dos fuerzas de sentido contrario: aumentar indefinida e ilimitadamente la biblioteca, y advertir sobre el peligro de que el pasado sepulte al presente, sobre los riesgos de “los excesos de la letra” (p. 24), de la proliferación infinita. Sobrevuela todo el tiempo la idea de que “a la barbarie se llega tan pronto por la falta como por el exceso de libros” (p. 22), y la constatación de que el problema del exceso de información no es nuevo en la historia occidental, sino que puede rastrearse hasta la Antigüedad, con el caso paradigmático del sueño de la biblioteca total: Alejandría. Sin embargo, es cierto que el problema se ha incrementado exponencialmente por la invención de la imprenta, capaz de multiplicar de manera continua los libros, y por el espíritu del Humanismo, ávido por “recuperar y preservar las producciones del pasado” (p. 29).

El segundo capítulo, “*Disjecta membra*: hacia un régimen de conservación” (pp. 31-68), aborda la azarosa historia de la recuperación, en el Renacimiento, de un libro clave para la enseñanza de la retórica latina, las *Institutiones oratorias* de Quintiliano (siglo I d.C.), el papel que en ella tuvo Petrarca (que poseía un manuscrito mutilado, disperso, *disjectum*), y cómo pasó de estar casi perdido en una abadía medieval hasta llegar a la prensa del célebre impresor y editor Aldo Manucio. Sin embargo, Nueno demuestra que la preocupación por la preservación no nació en el Renacimiento: es razonable, dado que durante muchos siglos (mucho antes de la invención de la imprenta), debido a la fragilidad de los soportes escriturarios, los libros debían ser copiados una y otra vez para poder ser conservados –el libro que no volvía a copiarse estaba destinado a perderse irremediabilmente.

“Lectores con tijeras: una arqueología del fichero” se denomina el tercer capítulo (pp. 69-103), que trata de la obsesión, surgida del sentimiento abrumador del exceso de información, por “organizar, seleccionar, reducir y sintetizar lo que otros han producido” (p. 70). De este modo, para administrar la información, surge en el siglo XVII el fichero, nacido “de la profanación del

libro” (p. 73) y, en última instancia, del *ars excerpendi*, el arte de extraer, técnica de corte ya conocida y practicada en la Antigüedad. Así como los humanistas como Petrarca se quejaban de la mutilación (y la pérdida) de la herencia grecorromana, poco después los lectores con tijeras propiciaban la tendencia contraria: la de amputar los libros. Pero “si lo hicieron, no fue [...] movidos por el deseo de aniquilar o censurar ciertas partes del pasado, sino porque consideraban que esa era la única forma de salvarlo de su disolución inminente en el raudal de obras que había anegado sus bibliotecas” (p. 90).

El cuarto capítulo, “Retórica para terroristas o las noches en blanco de la literatura” (pp. 105-136), está dedicado a “los escritores contra la escritura, también conocidos como los escritores del no o terroristas” (p. 105), aquellos que, en la modernidad, renegaron de la escritura, aunque lo hicieron, paradójicamente, de la única manera posible: mediante la escritura. Ellos pretendieron “liquidar la literatura desde la literatura misma” (p. 107), dado que, con la idea de que todo ha sido ya escrito, como la cantidad de libros en circulación es inconmensurable, el camino es sospechar de la escritura, de las bibliotecas e incluso del lenguaje. De esta manera, coexisten, en la literatura, tanto la tradición que celebra la escritura como la que la rechaza (la misografía), y tanto una como la otra emplean, aunque distintos, lugares comunes anclados en la tradición retórica.

En el quinto capítulo, “El arte de la reducción ilustrado: apuntes sobre la biblioteca del futuro” (pp. 137-169), el autor intenta demostrar que “el Siglo de las Luces contribuyó de forma determinante a este proceso de expansión de lo escrito” (p. 138). Lo distintivo de esta época son la apertura de importantes bibliotecas públicas y la constitución de “un espacio literario en expansión” (p. 139) gracias a la difusión de la alfabetización y, por lo tanto, a la conformación de un público lector cada vez más amplio. Las reflexiones del autor sobre la *Enciclopedia* y su espíritu progresista desembocan en la conclusión de que para los ilustrados era necesario reducir la biblioteca y conservar solamente a aquellos libros que contenían saberes “válidos”; así, el

proyecto ilustrado puede “ser concebido como un asalto a la biblioteca” (p. 157). De este modo, del “arte del saber ligero” surge la idea de la biblioteca portátil, accesible y cómoda.

El sexto y último capítulo, “La biblioteca del *amateur*: un arte del olvido” (pp. 171-213), se abre con una cita de Blanchot que va en el mismo sentido que una reflexión de Barthes en cuanto al cansancio y al hastío que provocan, a largo plazo, las obligaciones académicas e intelectuales. Esta introducción da paso al tema de las bibliotecas *amateur*, es decir, “aquel tipo de colección que se define por no mantener una relación profesional o especializada con el saber” (p. 177). Estas bibliotecas se caracterizan por ser “arbitrarias y accidentales” (p. 178), abiertas. El lector *amateur*, el lector diletante, por tanto, se sitúa simbólicamente entre “la clase que ejerce un monopolio sobre el saber –los doctores–” y “aquellos que no experimentan el menor interés por la cultura” (p. 177). Una reflexión, otra vez paradójica, sobre el enorme poder del olvido del texto como lo propio de la lectura cierra el capítulo.

A continuación, el “Posfacio” de Philippe Roger, “La Biblioteca de Pandora” (pp. 215-226) plantea que al ensayo de Nueno subyace la idea de “la biblioteca como la fuente de todos los bienes y origen de todos los males. Como si esta encerrara las dos jarras de Pandora” (p. 218). Por último, el autor incluye “Agradecimientos” (pp. 227-229) y una “Bibliografía” (pp. 231-247) dividida en “Fuentes primarias” y “Fuentes secundarias”.

El arte del saber ligero es un libro que deleitará a todos aquellos bibliófilos que sin duda alguna vez hemos sentido el agobio de la imagen de una biblioteca infinita como la de Babel que conjeturó Borges, una biblioteca en la que nuestro destino como lectores es perdernos inevitablemente entre anaqueles atiborrados de libros que la duración de nuestra vida nos impedirá leer (*ars longa, vita brevis*). Bibliófilos que, al mismo tiempo, ejercemos continuamente, por necesidades de la vida académica, el *ars excerpendi*, el arte del corte, de la reducción, que produce archivos y otras modalidades

“ligeras” del saber. Mucho antes del surgimiento de la actual sociedad de la información, de Internet y de la nueva versión del sueño recurrente de la biblioteca total (ya no Alejandría sino la *web*), ese hombre apenas sostenido por la punta de su pie izquierdo ya estaba inmerso en la sobreabundancia de libros que, en el fondo, nos sigue provocando un vértigo fascinante a quienes los consideramos fuentes imprescindibles de saber.